

ambiente de vulnerabilidad al orden institucional extremadamente complejo. Este era uno de los argumentos que le llevé al Presidente Pinochet cuando le solicité iniciar conversaciones para hacer la primera reforma de la Constitución del 80.

-¿Cuándo lo llaman para ofrecerle el cargo no le hacen a usted ese encargo?

-Nada, nada. Esa idea de la reforma nació de mi jefe de gabinete Arturo Marín.

-¿Sólo eran esos dos argumentos?

-Había más. Uno era evitar que el acto electoral del 89 se transformara en una elección por la Constitución.

-¿Era una forma de legitimar la Constitución del 80?

-Cuando se vota la Constitución del 80, no había registros electorales, y por tanto la gente podría haber votado en más de una oportunidad. Eso le daba un carácter de ilegitimidad. Realizar una elección con registros establecidos y una votación transparente le daba la legitimidad a la cual aspira todo texto constitucional.

-Aylwin en sus memorias justificó un acuerdo con ustedes para “mostrar un camino que no fuera la confrontación”. Y Lagos, en uno de sus libros posteriores, señala que “aprovecharnos de las fallas de la Constitución provocaría mayor ira y polarización”.

-Voy a manifestar nada más mi opinión: Una vez ocurrido el plebiscito del 88, probablemente se genera en algunos sectores políticos el deseo de evitar una polarización como la ocurrida con el Sí y el No. Allí jugó un papel don Patricio Aylwin, para generar un acercamiento con el Gobierno. Por otra parte, y esto asociado al pensamiento del Presidente Pinochet, queríamos que este año fuera efectivamente de transición. El país había generado grandes avances políticos y económicos, y era necesario que de alguna manera prevaleciera este orden adquirido en el gobierno militar. Y ahí había un interés personal, por supuesto compartido con todas las autoridades del gobierno, de generar un ambiente de paz social, tranquilidad, que permitiera un debate racional de las posiciones para que la gente votara conforme al conocimiento que adquirirían de ese debate.

-Cuando Pinochet le da el “vamos”, ¿qué condiciones fija?

-Fueron dos condiciones. La primera, que fuera un perfeccionamiento constitucional. Y la segunda, que se lograra un consenso. Con ello claro, le envié una carta al Presidente Aylwin, invitándolo a una reunión en La Moneda para iniciar las conversaciones. La respuesta fue que aceptaba, pero quería que invitáramos a los presidentes de los 16 partidos de la Concentración. Y dentro de esa agrupación, había partidos más interesados en la ruptura constitucional que en un proceso de transición. Le manifesté que recibiría a los presidentes, pero dejando fuera a aquellos partidos que buscaban la ruptura institucional.

-¿Usted creía necesario dejar fuera a Luis Maira o recibirlo desatariando la indignación de los duros del gobierno?



“Después he sabido que Melnick ha planteado la idea de que nosotros quisimos dar como un golpe de Estado interno con algunos ministros, cosa bastante absurda”.

-Fue una decisión totalmente mía. El Presidente Aylwin me contesta que en esas condiciones no iban a La Moneda. Se cerró la conversación. Después comenzaron gestiones de distinta naturaleza, donde intervino también Arturo Marín, Adolfo Zaldívar, Sergio Onofre Jarpa. Finalmente me llegó el aviso que el Presidente Aylwin estaba dispuesto a conversar.

“Hugo Rosende arrasó con su argumentación”

-Una de las cosas que también menciona en su reconstrucción del pasado, es como tenía que enfrentar a los duros internos. Y relata un cara a cara con Rosende.

-En estas situaciones obviamente hay opiniones divergentes. Y las había dentro del gabinete. Don Hugo Rosende, ministro de Justicia, muy abiertamente señalaba su punto de vista. Una noche recibí una llamada de La Moneda pidiéndome que fuera a un desayuno con el Presidente al día siguiente. La sorpresa mía fue cuando pasamos al comedor de La Moneda y estaba don Hugo Rosende. El Presidente me dijo “usted como ministro de Interior se sienta a mi derecha, don Hugo Rosende, ministro de Justicia, se sienta a mi izquierda”. “Ministro, yo le pido a usted que exponga cuáles son sus ideas para llevar adelante esta reforma constitucional”, me solicitó. Yo no soy abogado, soy ingeniero comercial, y por ello tuve una explicación más política. Terminé y tomo la palabra don Hugo Rosende, abogado con una inteligencia extraordinaria. Y sin lugar a duda, no barrió conmigo, sino que arrasó con su argumentación. Cuando vamos por el segundo piso de La Moneda, con don Hugo Rosende caminando al lado, él se aleja, abre una ventana y me dice: “¿Ve usted el poste que está acá frente a La Moneda? En ese lo van a colgar a usted. A mi,

que soy menos importante, me van a colgar en el poste frente al Banco Central. Pero no se olvide de esto: nos van a colgar a todos”. Como diciéndome que si seguía con la reforma, nos encaminaríamos a terminar en un poste.

-Usted destaca la transparente oposición de Rosende. Pero tuvo oposición de Sergio Melnick y algunos sectores militares. Con ellos, ¿tuvo espacios para debatir o conversar?

-No. Con Sergio Melnick no conversé nunca el tema, pese a que lo conocía de mucho tiempo. Después he sabido que él ha planteado la idea de que nosotros quisimos dar como un golpe de Estado interno con algunos ministros, cosa bastante absurda. ¿Quién habría pensado en hacerle un golpe militar al gobierno del Presidente Pinochet?

-¿Cómo ante un tema tan importante, y con un frente interno que influía en Pinochet, no trató de explicarles?

-El único antecedente que tuve era que don Hugo Rosende estaba en contra. Después descubrí la postura de los otros.

-¿Sabía qué pensaban en la Junta frente a las reformas?

-Si hiciera un análisis de todos ellos, Merino sería el mayor apoyo. Con él tenía una relación de afecto mutuo. Lo conocía con ocasión del pronunciamiento militar, porque él era el comandante en jefe de la primera zona naval en Valparaíso. Y era además cuñado de Gustavo López, diputado de Renovación Nacional, Partido Nacional en ese entonces, y muchas veces nos juntamos en casa de Gustavo.

-Usted que tuvo la oportunidad de trabajar con Pinochet cuando fue ministro de Hacienda en el 83 y 84, y luego volvió a trabajar con él años después. ¿Vio alguna diferencia después de todo lo que había pasado o alguna continuidad relevante?

-Hay algo a mi juicio permanente en el Presidente Pinochet: Su compromiso con el orden institucional. Además, tenía un rasgo característico del pensamiento militar, la estrategia: antes que nada, quieren claridad de objetivos. Y luego, lo que ellos llaman cursos de acción, cada uno



La alerta que le dio el ministro de Justicia Hugo Rosende a Cáceres por su agenda de reformas constitucionales: “No se olvide de esto: nos van a colgar a todos”.